

## CRONICA UNIVERSITARIA

### COLEGIO NACIONAL DE MONSERRAT

#### *Inauguración de la estatua al doctor don Ignacio Duarte y Quirós*

El 31 de octubre del año 1940 se inauguró en Córdoba, en el patio mayor del Colegio Nacional de Monserrat, la estatua del fundador, presbítero doctor don Ignacio Duarte y Quirós.

Para satisfacer a la posteridad curiosa de lo suyo, y auxiliar la débil memoria de los que vieron u oyeron en la evocación precisa e intensa de una hora que fué solemne para el Colegio de Monserrat, para la Universidad de San Carlos, para la ciudad de Córdoba y para la vida cultural de la República, nos proponemos consignar fielmente hechos, documentos y juicios que precedieron, acompañaron y coronaron el histórico episodio.

\* \* \*

El día 8 de setiembre de 1936 autoridades y alumnos del Colegio, después de venerar a la Patrona, la Virgen de Monserrat, acudieron al pie del monumento que Duarte y Quirós tiene levantado en el jardín del Seminario de Loreto, para hacer una ofrenda floral a su bienamado fundador. Fué en esa ocasión cuando el Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán, formuló en breves palabras el voto. Aludiendo a la inminente conmemoración del 250° aniversario del Colegio, expresó la idea de que se erigiera con tal motivo "un monumento al fundador en el propio patio del Colegio,

costeado por sus ex-profesores, profesores, alumnos y ex-alumnos, para mostrarlo así a la gratitud de las generaciones venideras”.

\* \* \*

El Hon. Consejo Superior Universitario sancionó el 24 de mayo de 1937 la ordenanza por la que se mandaba erigir la estatua. El 1° de agosto del mismo año fué colocada la piedra fundamental, con la presencia de S. E. el señor Ministro de Instrucción Pública que lo era, a la sazón, el doctor Jorge de la Torre.

\* \* \*

El día 10 de diciembre de 1937 se llamó a concurso de “maquettes” para el monumento.

El jurado, formado por el Rector de la Universidad, el Rector del Colegio de Monserrat, el arquitecto Salvador A. Godoy, don Raúl G. Podestá y don Arturo Dresco, optó en definitiva por el trabajo presentado bajo el lema “Churita” por el escultor Roberto Delgado.

#### *Recepción de S. E. el señor Ministro*

En representación del Poder Ejecutivo Nacional llegó S. E. el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Guillermo Rothe, a las nueve de la mañana del día 31 de octubre, acompañado del secretario particular señor Eduardo Ortiz Pujato y del escritor español don Ramón Pérez de Ayala.

Fueron a recibirle en la estación del F. C. C. A., entre otros, el Rector de la Universidad doctor Sofanor Novillo Corvalán, el Ministro de Gobierno doctor Emilio Baquero Lazcano y el Jefe de Policía ingeniero José de la Peña en representación del gobierno de la provincia, los decanos de las facultades doctores León S. Morra, Jorge A. Núñez e ingeniero Julio de Tezanos Pinto, los miembros de la Cámara Federal de Apelaciones doctores Miguel Angel Aliaga, Luis M. Allende (hijo) y Alejandro Moyano, el Presidente del Tribunal Superior de Justicia doctor Enrique Martínez Paz, el Presidente provisorio del Senado, ingeniero Pedro N. Gordillo; los rectores de

los colegios nacionales e incorporados de esta ciudad, profesores y amigos personales del huésped

### *Homenaje de los estudiantes*

En primer término se hizo presente ante el Ministro una delegación de alumnos de sexto año del Colegio Nacional de Monserrat, dándole la bienvenida en nombre de sus condiscípulos. Integraban la misma los jóvenes José María Carranza, Pier V. Baldaccini, Rafael Ferraro, Guillermo Berrotarán, José M. Alvarez, Luis Lezama, Felipe Courel, Juan Jacobo Astrada, Luis S. Dutari y Carlos Almada.

### *El almuerzo en el Golf*

A las 13, se realizó en el pabellón social del "Córdoba Golf Club" en la vecina localidad de Villa Allende, el almuerzo ofrecido por el Consejo Superior de la Universidad.

Lo presidió el Ministro de Justicia e Instrucción Pública en una cabecera, y en la otra el Rector de la Universidad, asistiendo las autoridades eclesiásticas y civiles de la provincia, miembros de la justicia local y nacional, legisladores nacionales y provinciales, los integrantes del Consejo Superior, los directores de los institutos y escuelas de su dependencia, y los de los establecimientos educacionales radicados en esta ciudad.

El ágape transcurrió en un ambiente de amable cordialidad, departiéndose luego de sobremesa en la amplia terraza, y encaminándose después la concurrencia de regreso a Córdoba.

### *La ceremonia inolvidable*

A las 17 el Colegio presentaba un aspecto imponente, ornamentado con severo buen gusto y rebosante de una concurrencia tan numerosa y selecta, que no deseaba perder detalle de la realización, y que ocupó las ventanas y terrazas de los pisos superiores, que constituyeron así palcos animadísimos, en los que no quedó un solo lugar disponible.

El gran patio central había sido arreglado para la oportunidad

colocándose una amplia tribuna, en cuyo centro se destacaba un gran palco para las damas, adornado con los colores argentinos y ramos de flores, y teniendo como fondo un gran escudo patrio; de las paredes pendían alternados los gallardetes del Colegio, con los colores punzó y blanco del manto de la Virgen de Monserrat y su escudo en el centro, y otros de seda azul y blanca, completándose el efecto con coronas de laureles y gran cantidad de plantas de adorno. La gran fuente central aparecía rodeada de floridos geranios, y a la derecha se levantaba el estrado oficial, mientras en el lado opuesto se colocó el destinado al cuerpo docente.

A las 17.15, ocuparon sus puestos los alumnos del Colegio que en número de mil llenaron la espaciosa tribuna; al centro, los de primer año con claveles blancos en las solapas y en su derredor los de segundo a quinto, con claveles rojos.

La Comisión encargada de recibir a los invitados, formada por el ingeniero José Luis de Zavalía y los doctores Enrique Martínez Paz (h.), Eduardo Martínez Carranza, Luis Villada Achával, Ricardo Revol y Julio G. Achával, había dado por concluida su tarea. Eran las 17.30

En este punto el cortejo de los bachilleres salía del Colegio en dirección a la Universidad, formando una columna que abarcaba desde la sala del Consejo Superior hasta buena parte de la calle Trejo que separa la Universidad del Colegio. Diez minutos más tarde, el maestro de ceremonias profesor doctor José Caratti, acompañado del macero, bachiller Héctor Renella y precedido de la guardia de honor formada por los bachilleres Delmo Pedro Capellán, Ovidio Pedro Capellán, Rubén G. Gallo, Sulme Telio Giraudó, José M. González Castellanos, Pedro A. Gordillo, Vicente Mario Juan, Francisco Junyent Vélez, Roberto M. Paganini y Norman Zamboni de la Puente se dirigía a la Universidad. Llegados a la presencia de las autoridades, el macero pronunció las siguientes palabras:

“Excmo. señor, excelencias, señores: dignaos emprender la marcha hacia el Colegio de Monserrat que aguarda ansioso vuestra presencia en este instante para él memorable”.

Accediendo a la invitación, y precedido y escoltado por la guardia de honor, el grupo de los altos funcionarios se colocó entre la



Estatua del Dr. Ignacio Duarte de Quirós, fundador del Colegio N. de Monserrat



doble hilera de los bachilleres, dirigiéndose al Colegio. Figuraban en él el Ministro doctor Guillermo Rothe, el Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán; el Vice-gobernador doctor Arturo U. Illia; el Embajador de Chile, doctor Conrado Ríos Gallardo; el Presidente del Tribunal Superior, doctor Enrique Martí-paz Paz; el Excmo. Arzobispo de Córdoba, monseñor doctor Fermín E. Lafitte; el Obispo Diocesano de Tucumán, monseñor doctor Agustín Barrere; el Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Buenos Aires, monseñor doctor Fortunato Devoto; el Excmo. Obispo preconizado de Mendoza, monseñor doctor Alfonso María Buteler; el Vicerrector ingeniero Julio de Tezanos Pinto; los decanos doctores León S. Morra y Jorge A. Núñez; el senador nacional doctor José Heriberto Martínez; el Intendente interino, doctor Alejandro Moyano; el Presidente provisorio del Senado, ingeniero Pedro N. Gordillo, el Ministro de Gobierno, doctor Emilio Baquero Lazcano; el Presidente de la Cámara Federal, doctor Miguel Angel Aliaga, y otras personalidades.

Al transponer el umbral del Colegio las autoridades, la Orquesta Sinfónica de la Provincia, bajo la dirección del maestro Alberto Grandi, profesor de canto del Colegio, atacó el preludio de "Maestros Cantores", mientras el Rector del Colegio, Ing. Rafael Bonet, el Vicerrector doctor Valeriano G. Torres y el Regente señor Juan B. Bustamante se adelantaban a recibir al señor Ministro.

Después que hubo recorrido la galería de este a oeste, el cortejo doblando al norte, hizo su entrada al gran patio, y los bachilleres fueron ubicándose alrededor del monumento. Entonces se hizo presente el macero que ordenó el "Todos de pie", y levantándose la imponente masa de alumnos, de invitados y de público, estalló en un aplauso sostenido que duró todo el tiempo empleado por la comitiva ministerial en alcanzar los sítiales asignados.

Cuando se acallaron las notas wagnerianas de la Orquesta, el macero se presentó ante el señor Ministro y dijo: "Excmo. señor: Por orden de la autoridad de esta Casa os ruego accedáis a descubrir la estatua del Fundador". Acto seguido Su Excelencia, acompañado del señor Rector de la Universidad y del señor Rector del Colegio, descendió del palco y se dirigió al monumento. Allí, el maes-

tro de ceremonias ofreció al señor Ministro el cordón, tirando del cual cayó el lienzo que cubría la estatua, mientras la multitud aplaudía emocionada.

Una vez que el representante del Poder Ejecutivo Nacional se hubo reintegrado a su asiento, el macero intimó: “¡La guardia en su puesto!” Y ésta se colocó frente a la estatua. Volvió a oírse la orden del macero: “¡Traed la corona!” Y cuatro bachilleres de la guardia, ejecutando la maniobra en medio de un silencio impresionante que traducía la emoción general, llevaba y colocaba al pie del monumento una corona de laurel.

A continuación la guardia reverenció la estatua, y el macero ordenó: “¡Bachilleres, de frente!” Y en seguida, dirigiéndose a la Orquesta, reclamó el Himno Nacional.

Podemos afirmar, sin jactancia, que pocas veces se habrá oído en la República una ejecución tan matizada, vigorosa y sonora del himno patrio. Los aplausos, al final, fueron interminables.

*Discurso del señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública,  
doctor Guillermo Rothe*

Aproximados al sitial del señor Ministro los micrófonos, Su Excelencia se puso de pie y pronunció el discurso que sigue:

“Este acto, destinado a honrar en forma imperecedera al fundador del Colegio de Monserrat, parte integrante, más que complemento necesario de la Universidad de San Carlos, con la cual forma el eslabón que une nuestra cultura con la cultura greco-latina, vinculándonos así a las fuentes mismas de la civilización contemporánea, debió ser, por su excepcional significación, auspiciado con la presencia del Excmo. señor Vice-presidente de la Nación en ejercicio del Poder Ejecutivo, a quien, deberes oficiales impostergables retienen en la Capital. Debo a esta circunstancia, tanto como al especial deseo del Excmo. señor Vice-presidente, de singularizar por mi intermedio su adhesión a tan justiciero homenaje, el honor extraordinario de representarlo en la solemne ceremonia.

Mal podría ocultar el natural temor de exhibir mi insuficiencia ante tan ilustrada asamblea de prestigiosos universitarios. Para reprimirlo me alienta la seguridad de que siempre fueron gratos en



esta Casa los elogios a Duarte, según lo afirma el autor de las cinco laudatorias aún cuando las palabras que los contengan se encuentren destituídas de toda gala retórica. Sé también que puedo contar con vuestra fraternal benevolencia: como vosotros, he pasado en este hogar venerable los años de la adolescencia, y he recibido el estímulo de inolvidables maestros en el comienzo siempre duro de las diversas disciplinas intelectuales; he luchado por formar mi individualidad con la ingenua fe y el ardoroso idealismo de la inexperiencia; he recibido, con protesta a veces, las sanciones más severas para mis rebeldías, las he justificado más tarde, y las he agradecido durante mi vida; he formado, en medio de las expansiones despreocupadas y alegres o de la solidaridad en pasajeros dolores, el mayor número de las amistades perdurables: también como vosotros, encontré en esta Casa la madre nutricia de las mejores aspiraciones de mi espíritu.

Las instituciones educativas son generalmente el fruto de factores sociales, religiosos, económicos y políticos. No se considera por ello al Rey Alfredo creador de la Universidad de Oxford, ni a Carlomagno fundador de la Universidad de París, pero Fernando Trejo e Ignacio Duarte son, en cambio, fundadores y creadores exclusivos de la Universidad de San Carlos y del Colegio de Monseñor. Realizaron sus creaciones en una pobre aldea, en medio del desierto, entregando íntegramente a la empresa, sus bienes y sus fatigas.

Ambos institutos fueron esencialmente en su época inicial, expresiones de las mejores conquistas realizadas por la civilización a través de las centurias, en materia educacional. El uno, de la innovación perdurable que el cristianismo introdujo sobre la concepción pagana al imponer la integridad espiritual del hombre como fundamento de todo plan educativo, y el otro, de la necesidad de preparar el espíritu y la conciencia de los aspirantes a educandos universitarios mediante la ordenación de la conducta, la disciplina moral y los ejercicios mentales.

Ambos han seguido durante doscientos cincuenta años una marcha progresiva paralela, pero al paso que la Universidad fué menguando por la supresión de ciertas disciplinas abstractas, cuya re-

posición "para restablecer la unidad interrumpida de nuestra historia" y para "conciliar los adelantos de las ciencias nuevas con aquella porción imperecedera de la ciencia antigua en que el ideal, vestido de misticismo mantenía el amor de la vida entre los sufrimientos de la miseria, y al propio tiempo que encauzaba hacia el cielo las almas fatigadas o ansiosas les enseñaba que las leyes divinas sólo se proponían hacer feliz la condición terrenal del hombre", preconizara el sabio maestro Joaquín V. González e iniciara el Rector ilustre que nos escucha, al paso que la Universidad fué menoscabada, repito, el antiguo convictorio se transformó en casa de altos estudios en 1813, en Colegio Nacional en 1856, fué de nuevo anexado a la Universidad en 1907, y continúa al presente su evolución promisoría.

Los actuales problemas de la instrucción pública en cuanto a la orientación de los estudios se insinúan con la primera división de las siete artes entre el desarrollo de las aptitudes para el razonamiento por una parte, y el conocimiento del mundo exterior por la otra. La lógica y la física de las escuelas monacales, toman forma con la evolución económica en el siglo XVIII y asumen, al fin, con las banderas del humanismo y cientifismo, a principios del siglo XIX, a favor del desarrollo de las ciencias físicas y naturales y su influencia en la alteración del equilibrio económico y social, militar y político, de las naciones europeas, los caracteres de una lucha enconada y permanente.

La propia aptitud general que la cultura humanista proporciona para el conocimiento del hombre en sus pasiones, su voluntad, sus pensamientos y sus sueños, el gusto que imprime por el ejercicio libre y desinteresado del espíritu, por los juegos del pensamiento y las emociones del arte, han sido discutidos y equiparadas a los beneficios de la cultura cientifista.

La cultura humanista no forma un conjunto de materias circunscripto e inalterable. Se divide según las épocas, las regiones, las tendencias religiosas y políticas, entre otros motivos. Su contenido general, la historia, la literatura, la filosofía, requieren diferentes métodos, pero es evidente que los diferentes estudios y los diferentes métodos se dirigen a un punto común, a saber del nombre, co-

munidad de objeto que determina una misma disposición general en el espíritu.

Las diferencias de método entre las disciplinas científicas, dice un pedagogo ilustre, engendran sin duda distintas aptitudes. La capacidad para ligar sólidamente las ideas, para el razonamiento cerrado y continuo, para moverse fácilmente entre las abstracciones, son propias de la cultura matemática. Las ciencias físicas encadenan el espíritu a los hechos, lo obligan a observar con atención, paciencia y objetividad, solicitan la facultad de invención en busca de la hipótesis, enseñan las reglas de la buena demostración, por la necesidad de verificar y probar las hipótesis. Las ciencias naturales someten el espíritu a las realidades, aguzan la atención en lo referente a la descripción, a la discriminación y al análisis de las peculiaridades, desarrollando el sentido del orden y de la organización por la búsqueda de la subordinación de los caracteres”.

Pero las ciencias, tanto como las disciplinas humanísticas, están, sin embargo unidas por lazos comunes: “Son útiles para la vida material, al revés de las letras, cuyo valor es meramente espiritual; todas tienen por objeto la naturaleza, o mejor dicho, la materia; se mueven sobre un plano de cantidad y extienden su dominio a todo lo que es susceptible de medida”. “Y tanto las letras como las ciencias no son ya independientes entre sí”. Hay una poesía en las ciencias que nace de la contemplación de sus objetos, de la inmensidad de sus perspectivas, de la simplicidad y del pequeño número de sus leyes engendradoras, de la infinidad cambiante de sus efectos, del espectáculo movible y sin embargo siempre inmutable de la vida del universo.

El espíritu científico ha invadido el dominio de las letras, y no existe un solo orden de estudios literarios en que no sea aplicado. “Esta penetración del espíritu científico en las letras puras y hasta en la poesía, constituye uno de los más grandes hechos que caracterizan la historia de las ideas en el siglo XIX, hecho que ha permitido a aquéllas sus numerosos progresos y sus más decisivas conquistas”.

Pertenece sin duda a este género de ideas la inspiración determinante del actual plan de estudios del Colegio de Monserrat, que

en admirable armonía con el concepto contemporáneamente predominante en la organización de la enseñanza y en la alta cátedra pedagógica de Francia, da a su plan de estudios un tinte marcadamente humanista en la enseñanza combinada de las ciencias y las letras.

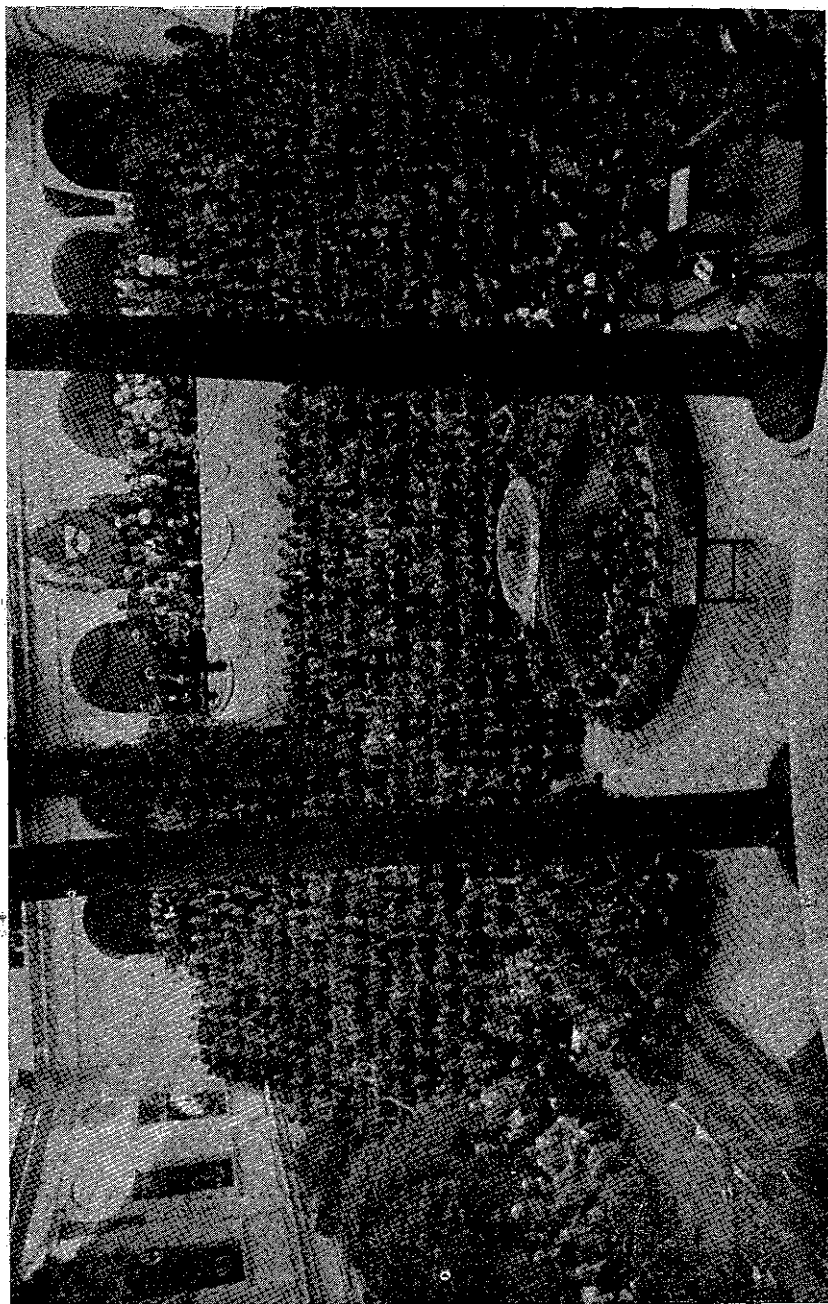
Bien sé que los modernos progresos de nuestra Casa armonizan con su bien calculado plan de estudios, y que un cuerpo seleccionado de eminentes profesores imparte la docencia con ajustados métodos, con asiduidad, con entusiasmo, consciente de su responsabilidad ante las sombras tutelares: ante Duarte el sobrio y altruísta fundador que le infundió su propia alma generosa, ante Gregorio Funes, autor de su primera transformación; ante Urquiza, que le reconoció su rango entre los factores de la cultura nacional; ante Mitre, que al definir el objeto de la enseñanza secundaria, definió el pasado y el porvenir del viejo instituto; ante Avellaneda, hijo predilecto y orientador de la enseñanza media y superior

El arte ha trasuntado una vez más la inmortal figura de Ignacio Duarte y Quirós, insigne en virtud y en letras, imprimiendo a sus ascéticas líneas, dignidad, nobleza, concentración meditativa. Ha cerrado el libro de sus ejercicios espirituales y da sin proponérselo, con su actitud, una lección de elegante modestia, tan perdurable como el bronce de que está construída. El artista ha cuidado con amor la ubicación de la bellísima estatua sobre la piedra simple, en el sobrio basamento enmarcando la abovedada hornacina en las clásicas líneas de sus pilastras coronadas por el capitel renacentista y los blasones del escudo nobiliario. Recordará así la vida ejemplar que simboliza a las generaciones agradecidas, herederas de su obra y de su gloria, en medio de la fortaleza espiritual que edificara, bajo el cielo luminoso, no lejos de las montañas azules".

\* \* \*

Grandes aplausos interrumpieron y coronaron las palabras del señor Ministro de Instrucción Pública.

A una señal del macero volvió a ponerse de pie la masa estudiantil y a los acordes de la Orquesta entonó la Canción del Estu-



Vista de conjunto del alumnado



dante de Monserrat, letra del profesor Dn. Juan Antonio Ahumada y música del doctor Rafael Moyano López. La letra de la canción reza así:

I

Estudiantes, estudiantes:  
Frente a Duarte de Quirós  
El sagrado juramento  
Pronunciemos con fervor:  
POR LA PATRIA Y EN LA PATRIA  
CON EL LIBRO HACIA EL HONOR.

II

Luz del alma a flor de labio  
La sonrisa juvenil,  
Hondo ensueño en las pupilas,  
En el alma fe viril  
Fe de amor y sacrificio,  
Rumbo cierto y varonil,  
Hacia el tiempo y las estrellas  
Pronunciando siempre así:  
POR LA PATRIA Y EN LA PATRIA  
CON EL LIBRO AL PORVENIR.

III

Juventudes, camaradas  
En la Casa fraternal  
Cuando el tiempo nos separe  
Para nunca unirnos ya  
O si amargo desaliento  
Perturbare nuestro afán  
Encendamos los recuerdos  
Y volvamos a cantar:  
POR LA PATRIA Y EN LA PATRIA  
CON LA LUZ DEL MONSERRAT.

Profunda impresión volvió a causar en el público la seguridad y la justeza del coro; grandes muestras de aprobación y de entusiasmo premiaron la labor de los alumnos.

*Discurso del señor Rector del Colegio Nacional de Monserrat,  
ingeniero Rafael Bonet*

En seguida se levantó el Rector del Colegio, Ing. Rafael Bonet, y leyó el siguiente discurso:

“Saludo al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, investido de la alta representación del Poder Ejecutivo de la Nación, y pongo en sus manos el corazón de esta juventud.

Vamos por un instante a golpear en la puerta del templo de la historia. En acto íntimo, con unción religiosa, dejaremos caer el laurel de la ofrenda sobre el plinto del monumento que emerge ya, palpitante de luz, en su sueño de siglos. Llegamos envueltos en la atmósfera cálida y fragante del santuario que en nuestro interior hemos levantado, para adorar aquello que nos da el vigor en la ascensión del espíritu, aquello que es la razón de ser del existir en plenitud de bien y de verdad.

Golpeamos, y otras manos invisibles repiten los golpes suavemente. Se escucha a nuestro alrededor un rumor de voces y de cantos balbucientes, tal vez una oración, una elegía. Más lejos un grito, esa fuerte expresión que raya el alma; el grito revelador de un fuego interior, trémulo de esperanza, de piedad, de perdón, acabándose en sí mismo. Miramos: una columna, una sombra. Y el rumor se acentúa, y aquella sombra de almas que fueron, de seres penetrados de honda gratitud, que dijeron un día esa santa palabra, que se elevaron serenos bajo el divino influjo eucarístico en la hora solemne de alcanzar el infinito; aquella sombra, como una teoría espectral que se insinúa desde lejos, desde la eternidad, se agrega a nosotros en este bello y delicado instante para venerar el espíritu del Padre del Colegio, en el sitio consagrado por la fe y el amor.

Aquellos que supieron de su presencia luminosa, aquellos que recibieron la educación “en virtud y letras”, como lo manda y lo escribe el sacerdote insigne, el doctor don Ignacio Duarte y Quirós,



y se cumple, hoy como ayer, en este recinto que es su templo, en este Monserrat que es el suyo y en nuestras almas que son su aposento; se unen y se confunden con nosotros, empujados por el mismo designio, para rendir en esta hora cristalina el homenaje reverente de su Colegio, de su Córdoba amada; homenaje que traduce, en su expresión más pura, la estrofa inmutable del amor, esculpida en lo hondo de nuestros corazones y cuyo profundo sentido moral vibra como un estremecimiento de alas recién abiertas, en el alma de esta juventud mouserratense, que eleva en alto las armas de Duarte.

Ya está en el bronce. Inmortal en su esencia, sus hijos harán de él un símbolo. Frente al monumento, juventud del Monserrat, recogeos para dar al ritual de la alabanza todo el fervor debido, cuando la mirra consagratória lo envuelva sutilmente en su halo de perfume. Llegad hasta él con alta dignidad, reverenciad el espíritu del padre. Sobre la egregia figura, caiga el rocío de vuestro amor, embellecido de fe y de virtud.

Duarte representa, en la historia de la cultura del país, la fuerza trascendente de más vigor que aparece en el claro oscuro de la Colonia. Dilatado y de límites inciertos, despoblado y sin rutas, el Virreinato representaba una realidad dura y hosca, frente a los propósitos de los hombres mejor dotados para desarrollar una empresa. Núcleos aislados de indios y españoles, de vida primitiva y simple, salpicaban precariamente la vasta soledad pampeana. En ese desierto de incertidumbres, de dudas, de miedo, de noches en acecho, largas y dolorosas, cobijado el pensamiento en el rincón misérrimo, frente a la cruz consoladora; los taumaturgos de la fe, ungidos por aquél dolor que iluminó al mundo, por aquel dolor humano y divino que se ofrendó a las almas en sublime caricia salvadora, para empujarlas hacia arriba, hasta azularlas en plenitud de belleza, los sacerdotes de Cristo elevan el credo sublime de la religión en el silencio incommensurable de la Colonia. No saben a dónde van; sólo saben que deben caminar, caminar siempre en esta inmensidad desconocida, hasta morir en la heroica cruzada, dejando en los espíritus sencillos el alivio de alcanzar la paz y la esperanza en el mañana.

Y por esos caminos espinosos, en la aldea elegida, donde el Angelus del campanario de Loyola derramaba, por vez primera, la sinfonía del misterio en los crepúsculos, nace, a principios del siglo XVII, Ignacio Duarte y Quirós, de ilustre prosapia. Trae un designio divino. Lo conduce una blanca teoría de esperanza, de fe y de justicia. Nació aquí, en Córdoba de la Nueva Andalucía, en la heredad de sus mayores. Conoció y percibió en toda su magnitud las expresiones delirantes de la lucha cruenta del evangelizador y del indio. Penetró en el fondo de las almas que gritaban inconscientes la ausencia de una moral; llegó hasta la intimidación de aquellos corazones deshechos en la tristeza de un vivir oscuro, sin Dios, sin verdad, sin esperanzas, rodando en la prolongada noche de la ignorancia.

Duarte mojó sus dedos venerables en el llanto de aquellos ojos que se abrían por vez primera ante la revelación de la luz de la eternidad, consustanciada en el acto místico del santo, infundido de piedad, profundo en la invocación magnífica del verbo. Sus manos húmedas de esas lágrimas, bendecían a los huérfanos de toda caridad.

Presente en todos los sitios de la desesperanza, de la tragedia, arrancaba del abismo con el solo esfuerzo de su palabra persuasiva, los seres que se hundían en aquella vida monstruosa, instintiva y brutal, y los conducía de la mano, como hermanos perdidos, hasta el templo, hasta su propio hogar, y les prodigaba las enseñanzas necesarias a una nueva conformación de hábitos y costumbres: despertaba en ellos nobles sentimientos y los acercaba al sagrado fuego de la religión. Su corazón, acariciando al niño, repitiendo a D' Annunzio, "se cerraba como un nudo y se abría como un cáliz". Su profundo amor por el adolescente se percibió desde su niñez y es ésa su mayor gloria. Esa vocación de Padre con la que se arrobaba al modelar paternalmente la pura substancia del alma juvenil en la plástica de una dignidad capaz del bien, la practicó hasta morir, con el mismo fervor de los primeros días; porque él supo que esa elevada misión, representaba la más excelsa de las caridades y su corazón, que se abría como un cáliz, se volcaba en blancuras de lirios cuando su espíritu se extasiaba en la obra cumplida de padre, maestro y sacerdote.

Duarte, sacerdote y santo, integra su vida inmortal por su acción de excelencia ética y bienhechora, en una curva siempre ascendente, cuya trayectoria representada por la más alta jerarquía del intelecto y de la virtud, escribe en el tiempo, en caracteres impercederos, uno de los poemas más sobresalientes que registra la historia de nuestra Patria. Duarte, movido de sólo el impulso de la caridad, funda esta Casa para educar en virtud y letras. Alta visión de iluminado. Su espíritu imbuído de la fuerte substancia de los sagrados libros, extrae el sentido de las palabras de San Mateo: "los que instruyen en la justicia a muchos, serán como estrellas en perpetuas eternidades". Y la Laudación Primera refiriéndose a estos imperativos, dice: "Fué impulsado a fundar esta Casa de estudios superiores donde se formarían en toda justicia y en todas las virtudes los nobilísimos adolescentes de todas estas provincias".

¿Qué había dentro de este padre excepcional? Había todo: una magnitud espiritual, extendiéndose al infinito, plena del más profundo conocimiento del alma humana, y movida por una fuerza divina, cuyo foco central encarnaba el amor. Es del amor la obra de Duarte, es de la caridad su creación, es de la piedad su esencia. Su acción se resume en su obra. Por ser obra del espíritu, dice Pascoaes, "es invencible y sólo ella triunfa y se propaga". Y la segunda Laudación consigna: "Ignacio, sacerdote, cultivó todas las virtudes: fué casto, puro, modesto, prudente, deseosísimo de la salvación de los demás, castigador de los crímenes, abogado y padre de los pobres. Así, cuando él se dedicaba, en casa, a los libros y a la contemplación de las cosas celestiales, se podía, con toda justicia, dudár si era más santo en casa o en el templo. Por eso Duarte mereció ser venerado e imitado y llamado por el Rey Católico en las Cédulas reales, por las que se concedía fundar nuestro Colegio, *sacerdote, santo y docto*".

Su fundación nace fuerte y rica: fuerte bajo el imperio del credo de Cristo; rica por el arcón que, pródigo sus manos largas y blancas derramaban hasta el último maravedí.

Así nace su Colegio, creación heroica, porque es de héroes esa voluntad, imponiéndose vidente en el desierto inhóspito de aquel amanecer del intelecto. Duarte interroga al destino, de frente ante

la inmensidad que lo rodea. Penetrado del hondo sentido histórico de la civilización europea, con profundo saber filosófico, ungido con aquellas virtudes que le dan la propia luz para proyectarse sin sombras como las estrellas; de rodillas ante el altar de su madre, de su Santa de Monserrat, formula el voto de esta fundación como el mayor homenaje de fe y de amor.

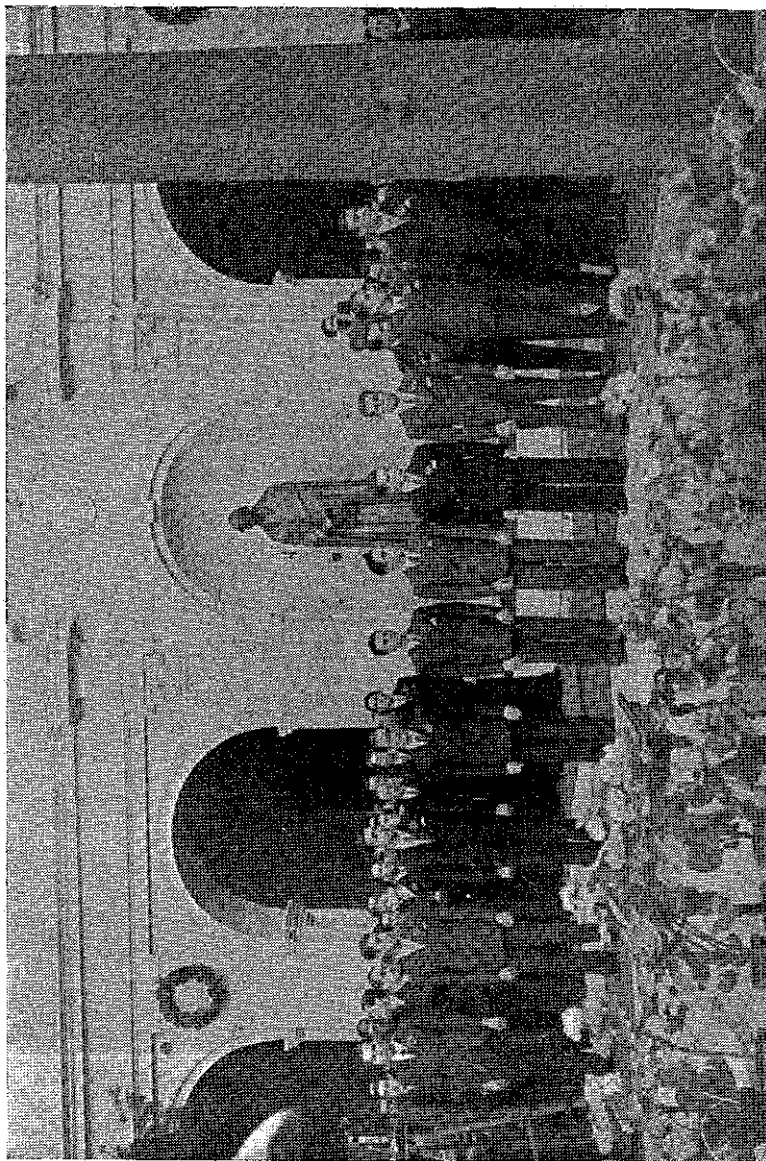
El santo se detiene con la mirada fija en el rostro de la Madre; su alma, que ha recogido el dolor ancestral de los que sufren y dejaron sus vidas entre sus manos, parece que se escapara de su forma tangible y se elevara embellecida de hondo misticismo, en la plegaria que formula trasuntando todo aquel dolor humano, bendecido y santificado en su sacerdocio.

Se recoge en sí mismo. Perdura en su frente un haz de luz. Repite en armonioso rezo la oración para todos, la oración que sólo aquellos labios podían expresar, porque esos labios sólo se abrían para decir a los hombres las palabras del Maestro.

Esta fundación es la resultante de la fe, de esa fe que se transforma en fuerza creadora, siempre creciente, alimentada por el fuego de un supremo ideal, que reside en su propia substancia.

Finaliza el siglo XVII. El Colegio de Duarte va a llenar su alta función en la vida estudiantil del Virreinato. La orientación de los estudios respondía necesariamente al espíritu de la época. Nuestro Colegio seguiría la tradición cultural de la Península: la enseñanza de las letras divinas y humanas, bajo un régimen absoluto de normas y preceptos morales y religiosos. Ya lo había dispuesto su fundador: "Educar en virtud y letras". El contenido humanista de este concepto director explica suficientemente la tendencia en la formación de la juventud, cumplida con todo esmero y decoro en el Colegio.

Han pasado los siglos. El instituto de Duarte ha mantenido esa tradición hasta nuestros días. Ha respondido, eso sí, en todo momento, a la evolución de las costumbres y de los métodos de enseñanza, con un criterio armonioso de adaptación. Su plan actual de estudios, en vigor desde hace catorce años, estructurado sobre las humanidades clásicas, es, a nuestro juicio el mejor condicionado para su fin.



Guardia de honor constituida por alumnos del 6º. año



El valor educativo de la antigüedad clásica en lo que respecta al estudio de sus lenguas, dice Montoliú, "proviene no sólo de su valor sustantivo de humanidad jamás superado en ningún otro período de la historia, sino también en el hecho de que esta antigüedad clásica es una época de cultura cerrada en sí misma, llegada hasta su término final y habiendo cumplido totalmente su evolución. Esto da un valor de experiencia insustituible para la juventud".

Resulta imposible y hasta aventurado pretender realizar obra de alta jerarquía en todos los órdenes de la especulación mental, sin el conocimiento directo y madurado de aquella cultura que conserva el frescor de una fuente inagotable, cuyo rumor inunda de voces permanentes el eterno andar de la humanidad, dando a los espíritus que procuran enaltecer su acción, el alimento sustantivo de su perenne belleza.

Si por acaso seccionáramos los vasos por donde circula la savia de aquellas raíces de las que la humanidad extrajo el perfume que dió a los seres una vitalidad más fuerte, un armonioso equilibrio de las facultades, una radiante serenidad del intelecto, un sentido moral capaz de la ascensión permanente del espíritu; las generaciones así educadas caerían en la noche sin estrellas, bajo el frío de un crudo racionalismo, y carecerían de aquel contacto creador, fresco y puro, de esa civilización que ennobleció al hombre imprimiéndole un sello máximo de perfección. Serían, permítaseme el símil, como esos seres ausentes de infancia, del período inapreciable de la vida, en que la madre teje la sutil urdimbre del tesoro mágico de nuestra sensibilidad: bondad, ternura, fineza; valores primarios en nuestra realidad de hombre, que ella extrae cuidadosamente del fuego de su amor en un esfuerzo heroico, humano y divino. Esos seres así constituídos, sin el nexo vital del primer período, tendrán que padecer la torturante noche del silencio prolongado sin el amor de la madre. No habrá en ellos esa poesía de la sensibilidad, que decora las maneras y atenúa los impulsos.

El río no puede ignorar sus fuentes y razonando con Lamartine, "es un misterio, pero es un hecho, que la imagen de lo bello, que el tipo de lo bello, que el sentimiento de lo bello se repiten con

mayor evidencia y fuerza en las obras maestras de la antigüedad. Esto no se demuestra, se siente”.

Marcel Plaisant decía, en un memorable discurso pronunciado en la Cámara Francesa: “Convencido de la nobleza que corresponde a la enseñanza secundaria, quiero creer que jamás seremos bastante exigentes en la formación de la *élite* y en la decoración del espíritu. Es necesario elevar al pueblo para extraer de sus filas más humildes esa aristocracia que es indispensable para el perpetuo rejuvenecimiento de la verdadera democracia. Si se me permite pedir prestada la peroración de un orador romano, recordaré las bellas palabras que figuran en la defensa de Sestio: “Que la salvación de la ciudad repose sobre los mejores, sobre los que son grandes por su inteligencia, grandes por el carácter, grandes por el alma, porque esos hombres son los verdaderos defensores de los principios, de las libertades, de las tradiciones de la República”.

Sobre estos principios que fijan claramente una posición en la enseñanza media y que la experiencia nos permite subrayarlos como eficaces en sus resultados, reposa nuestro régimen educacional que custodia, alienta y dirige nuestra ilustre Universidad.

Jóvenes premiados: Horacio Alberto Oliva Vélez y Eduardo Ricardo Yofré. Sé que vuestros corazones laten fuertemente. He mirado dentro de vosotros. Os veo embargados de una emoción que por vez primera vibra en vuestros seres: es la exteriorización de la virtud que se abre en flor sobre vuestras frentes, fruto del esfuerzo, de la constancia, de la dignidad.

El insigne honor os obliga a una consagración sin desmayos en la dura ascensión de la montaña. Las armás de Duarte, que ennoblecen el oro de la medalla, os escudan hasta ahí donde la integridad de vuestros procederes esté en consonancia y conserve el sentido de su mandato superior. El camino para ser hombre y llegar a la perfección lo tenéis abierto; y consiste en hacer de cada piedra del camino, una obra escultórica luminosa de amor y de belleza. Mantened el ritmo en la exaltación de los grandes valores del espíritu por el bien y la verdad. Vivid el poema del hombre y haced cada día un verso musical y profundo, que trasunte ese calor humano, generoso y bueno que nos hable de paz y de Dios.



Esta estatua no llega tarde. Hace un siglo hubiera sido una gran estatua para un modesto Colegio. Hoy es una estatua modesta en un gran Colegio. Igual que el hombre despierto, con claro criterio y fuerte espiritualidad, que antes de construir su casa prepara cuidadosamente el marco decorativo que habrá de embellecerla y prestigiarla, cubriendo de árboles el predio, trazando con cariño las avenidas y canteros del jardín familiar donde la casa será el lógico y precioso coronamiento; así, en estos veinte años, hemos procurado con asidua labor, ampliar los claustros, elevar las paredes, multiplicar las aulas, decorar externamente el edificio y más que todo eso, interpretando la razón del Instituto, le hemos devuelto, solemnes y sonoras, las enseñanzas clásicas, caras al Fundador, a la vez que custodiábamos el tesoro tradicional de la cristiana formación por él encomendada, y recién después de cuatro lustros de continua brega, cuadruplicada su población escolar, consideramos que la figura próspera de nuestro amadísimo Padre hallaría un digno recinto y un coro maravilloso de hijos amantes y reconocidos, presentes aquí a su alrededor.

De tal suerte, la estatua de Duarte y Quirós deja de ser un frío monumento más en la vida artística de Córdoba para centralizar una obra viviente, de perfil seguro, de prestigio resonante, honra de Córdoba y de la patria argentina. Y glosando el verso admirable de Horacio: "Nec magis expresisi vultus per aenea signa quam per vatis opus animus adparet": "La mente del vate se revela más por la obra, que por el rostro expresado en la estatua de bronce"; diremos también nosotros que la fisonomía augusta de nuestro fundador está interpretada menos por el buril del escultor, que por el reflejo perenne de su mente previsor y provisor, en las almas de los alumnos, en las enseñanzas de los maestros, en los afanes de los rectores, en las aulas y en los claustros, en las bibliotecas y gabinetes, en fin, en la magnífica irradiación de la obra secular del Monserrat".

\* \* \*

La oración del Rector del Colegio, que desde las primeras palabras había entusiasmado a la concurrencia obligando repetidas veces

al orador a interrumpirse por los grandes aplausos que subrayaban sus elocuentes párrafos, fué recibida al terminar por una ovación.

En seguida, el maestro de ceremonias acompañado del macero fué a recibir a los premiados, estudiantes Horacio Oliva Vélez y Eduardo Ricardo Yofre, quienes asistidos por sus padrinos, los bachilleres Justino Lascano y Marcelo Roca, después de reverenciar a Duarte y Quirós, acudieron al palco, y ascendiendo uno tras otro, recibieron de mano de S. E. el Ministro, sendas medallas de oro.

### *Discurso del estudiante Horacio Oliva Vélez*

El primero de los premiados pronunció con voz firme bellas palabras de agradecimiento y una profesión de fe que la concurrencia aplaudió largamente, que transcribimos a continuación:

“La suave luz de la aurora se distingue apenas en el horizonte, mas de pronto, un fulgor extraño ilumina aquel cuadro y lo que antes era obscuridad que apenas disminuía algún foco de cultura, resulta claridad y vida; aquella es la penumbra que promedia la época colonial, éste el fruto maduro resultante de la idea grandiosa del clérigo insigne que en su inspiración de vidente, creara el Convictorio del Monserrat que, desde hace ya más de dos siglos enciende las chispas de la inteligencia en las legiones juveniles, reconforta sus espíritus y les da fuerza para seguir adelante por la abrupta cuesta de la vida, para bien de esta nación libre y grande, que como ejemplo de virtud patriótica se eleva en el consorcio humano como verdad innegable de la que el inspirado poeta cantara en el himno egregio, al decir: se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación”.

Debo usar mi verbo aún sin el pulimento del hondo saber y de la experiencia, en este día solemne del Monserrat para traer y expresar recuerdos y conceptos sobre el sacerdote gemal y para evocar las emociones recogidas por mí en estos claustros macizos, que repiten ya el eco de muchas generaciones de voces nuevas, cuajadas de optimismo y esperanzas, de acentos pletóricos de anhelos de aquellos que han constituido constituyen y serán base soberana sobre la que se asiente el país argentino al abrigo azul y blanco de su bandera

protectora que, según la expresión conocida, jamás tremoló sobre el dolor de los caídos, sino que fué consuelo de desdichados, promesa de justicia y amiga de los vencidos.

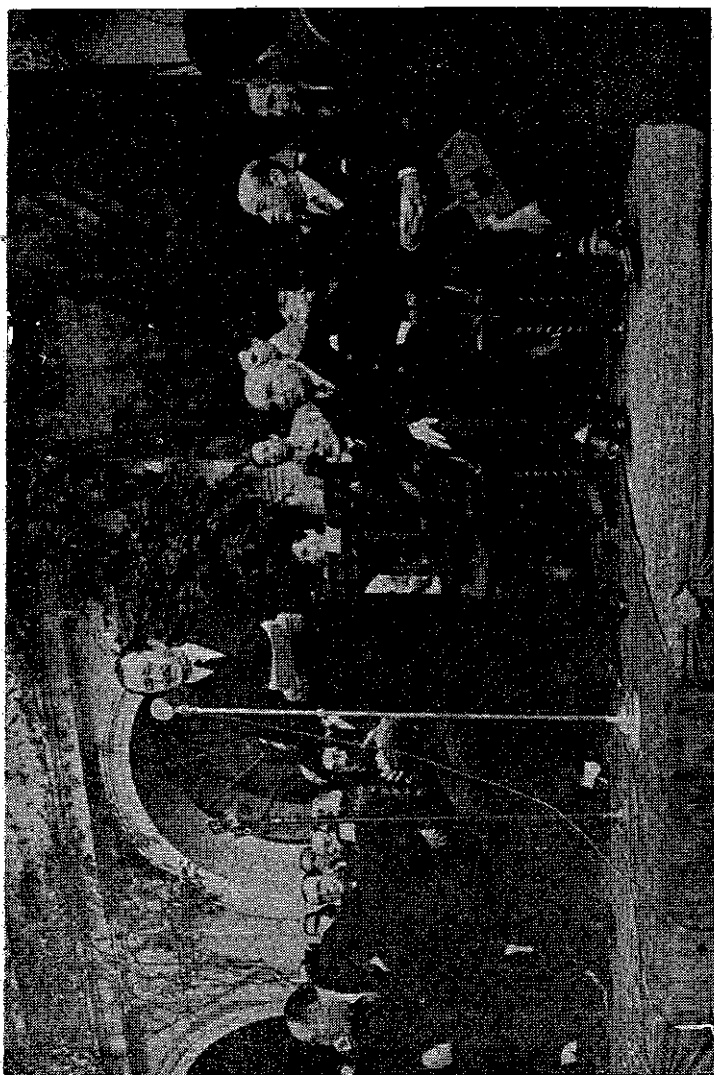
La hermosura del cuadro de esta fiesta es notoria y explicable; por un lado están aquellos que con la autoridad que invisten representan la organización y el mérito y con su presencia dan jerarquía a este acto; por otra parte los maestros preclaros que con la ciencia que imparten e inculcan en los alumnos mantienen y acrecientan la fama del Instituto; completando el conjunto una juventud numerosa, aspirante y virtuosa; formando adecuado marco los vetustos muros que reflejan el testimonio fiel de los años y los pinos majestuosos que ganan altura a medida que transcurre el tiempo y que sobrepasando ya el más elevado nivel de esos muros, parecen que experimentan la satisfacción, traducida en su lozanía, de asomarse al amplio horizonte para proclamar orgullosos a la nación y al mundo que el Monserrat ha cumplido y sigue cumpliendo, cada vez más y mejor los grandes y nobles ideales de su iniciador traducidos en los propósitos de su fundación al requerir la cultura que a todos aprovecha y la virtud que a todos reconforta, para que se obtenga así la satisfacción del deber cumplido, producto fiel y veraz del ideal pensado y realizado.

Aquí estamos todos reunidos como prueba del reconocimiento de una generación agradecida que con honor y decoro viene, en representación propia y de las generaciones pretéritas a rendir justiciero homenaje al presbítero doctor Ignacio de Duarte y Quirós. Carezco de mérito suficiente para destacar su personalidad con toda la amplitud que requiere. Lo ha hecho ya con elocuencia admirable el gran orador que acabáis de escuchar; sólo debo expresar un concepto que es de mi íntima convicción, porque está grabado en mi mente y compenetrado en mi alma: Duarte y Quirós ha sido y será el padre espiritual de nuestras inteligencias, como lo fué de todas las de las juventudes que aquí se educaron en virtud y letras; de esas pléyades que hicieron la grandeza del Plata dejando su huella firme y segura en el lodo del campo de batalla, en la página de oro de la historia, en la acción pujante del progreso, en las leyes sabias y hbérrimas, en los claustros y templos venerandos y

en el recuerdo de una descendencia ennoblecida y fortificada por el ejemplo preclaro de esos antepasados y por la visión de una patria que es ejemplo de altruismo y de justicia.

Comprendéis señores, sin duda, la trascendencia que tiene este acto: Es la evocación de un pasado glorioso en un presente que entraña realidad y ante un futuro anhelado, seguro de éxitos, en el que se afianzarán los prestigios alcanzados. ¡Cuán hermosa es esta fiesta y qué complejo de convicciones y de emociones encierra para todos! Para mí es éste un día trascendental en mi vida; vengo con mi humilde persona, en compañía de un condiscípulo talentoso y gran amigo, que fué mi compañero de estudios, bueno, estimulante y sincero, a recibir el honroso premio que, instituido en homenaje y con el nombre del doctor Ignacio de Duarte y Quirós, nos ha discernido la Dirección de este Colegio. ¡Qué ocasión más hermosa y más llena de grandeza habríamos podido apetecer? Al descubrirse el monumento que materializa y figura la inmortalidad del eminente fundador, se nos entrega, en presencia de su efígie, la preciada condecoración que, como el mejor emblema, lleva grabado su nombre y que como mayor galardón nos permite usarla, como prestigiosa credencial. Agradezco la bondad infinita del Creador Supremo que nos ha permitido ser dignos de esta preferencia. Guardaremos la preciada medalla con celo excepcional; trataremos siempre de mantener esa distinción limpia y pura sin dejarla manchar por ninguna sombra; la conservaremos con la dignidad que requiere por el significado que reviste. Puedo asegurar que nos damos cabal cuenta de la responsabilidad que apareja el haber obtenido este premio, que se nos entrega en este día de la belleza y de la luz, en el que nuestros espíritus embargados por la más intensa emoción, se reconforta por los cantos juveniles, por el estímulo que nos da la satisfacción de nuestros padres y la presencia de los compañeros de ayer que siguen bajo estos claustros recibiendo la enseñanza sabia y el amparo protector de una tradición muchas veces consagrada por la fama.

Roguemos a la Santísima Virgen del Monserrat, patrona de este templo del saber y de la moral, le conceda perennemente su protección, para que los años lo hagan cada vez más glorioso, para que



El Ministro de Justicia e I. Pública, Dr. Guillermo Rothe, pronunciando su discurso



siga manteniendo en él, como hasta ahora, la antorcha encendida y brillante, que siempre lo ilumina, para que siga siendo centro elevado de cultura que aproveche a los jóvenes que viniendo, de donde vinieren, busquen en él ciencia y educación, moral y disciplina, nobleza y altruísmo para que siga conservando en su seno, con cuidado de madre el acerbo intelectual y la fuente de progreso y orden que el tiempo, aunque peligroso enemigo, no sólo no ha conseguido amenguar, sino que por el contrario ha afianzado y consolidado, cual hermosa alhaja en su caja de cristal que simboliza el amor entre los hombres, la hermandad argentina y la fuerza viril y magnífica de un pueblo que marcha erguido hacia un progreso cuyo fin será la Argentina de cien millones, de que nos hablaba el primer maestro argentino.

Señores: Evocando la copla hispánica de que nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir, no lo sean sin antes haber sentido el placer que proporciona el deber cumplido, los deseos del espíritu alcanzados y la belleza que ello imprime en el alma: todo ello como coronamiento de una existencia proba y recta para honrar a Dios y a la Patria, para dar lustre a nuestra Córdoba la doctoral y para que allá en el lejano y remoto porvenir de los años, evocando todos el Ganteamus, cantemos aunados la última estrofa:

Coronados de gloria vivamos  
Oh juremos con gloria morir

\* \* \*

Volvieron a ponerse de pie los mil alumnos de la gran tribuna. La Orquesta Sinfónica inició unos compases musicales de Giacomo Puccini adaptados a una estrofa de circunstancias. El barítono Moratelo, con voz potente y cálidamente armoniosa, cantó la invitación:

Oh juventud  
progenie de Duarte  
este baluarte  
jura defender

junto al bronce  
que su figura evoca  
del padre invoca  
la gloria inmortal.

Y el grupo de los bachilleres, dispuesto en torno a la estatua, cantó:

Gloria a Duarte  
amantísimo Padre!

Entonces, todos los alumnos estallaron en el grandioso himno litúrgico:

Te Deum laudamus; Te Dominum confitemur.

El grupo de los alumnos de quinto año intervino para cantar:

Gloria a los Próceres de la Patria!

Y el gran coro replicó:

Te aeternum Patrem omnis terra veneratur.

Esta exaltación de Dios y de la Patria, tan noblemente embellecida por la dramática melodía del gran músico italiano, suscitó unánime admiración e impresionó profundamente.

*Discurso del señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán*

A continuación se hizo un profundo silencio para escuchar el enjundioso discurso del Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán, que fué el siguiente:

“Cuando en 1911 se erigía la estatua del autor del “Ensayo”, decía David Peña, en lenguaje emocionado, que con esa ceremonia Córdoba realizaba la trinidad de una apoteosis que la presentaba como cuna completa de la gloria: el Deán Funes, el General Paz, Dalmacio Vélez Sársfield, y añadía que nunca le había sido dado tanto favor del cielo a las más extraordinarias ciudades de la tierra. La



visión del orador se circunscribe, sin embargo, a la historia que corre desde la Revolución hasta el código civil; pero haciéndola más retrospectiva y penetrando en la Colonia, dos figuras hay que completan el cuadro dándole sensaciones de ensueño: la del Obispo Fray Fernando de Trejo y Sanabria, que no abriera sus ojos a la vida en Córdoba, pero que fuera sembrador de su heredad, y la del presbítero doctor Ignacio Duarte y Quirós, hijo preclaro de esta ciudad.

Con la estatua que hoy le levantamos al fundador del que fuera Colegio Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, quedan eternizados en el bronce los cinco más grandes espíritus del pasado de este pueblo: dos que cavan los cimientos de su cultura religiosa y profana; tres que contribuyen decisivamente a la independencia y formación jurídica de la Nación y a la consiguiente vida autónoma de Córdoba. Y para que el conjunto de esos broncees eternos sea más armonioso, advertid que Funes, Paz y Vélez frutos son de la semilla que arrojaron Trejo y Duarte en la tierra ardiente y generosa.

Con este acto de reparación histórica cierro mi segundo rectorado y sello mi retiro de la casa que me dió formación y a la que, no pudiendo devolverle engrandecidos sus favores, le ofrendo en el trasunto de una obra modesta, mi amor ferviente por su esplendor.

Ya queda, pues, sobre el granito incommovible, la estatua familiar que no la salpicarán las borrascas morales de la tierra y sobre cuya cúspide posarán y cantarán las aves del cielo.

No sé si el artista habrá logrado animar la materia con los atributos esenciales del fundador insigne; no sé si las modulaciones del bronce dirán la grandeza de una vida que entrega su fortuna por amor a la juventud para educarla "en virtud y letras" y le imparte su primera, sus siguientes y su última enseñanza mostrándose como un arquetipo de perfección humana; pero como quiera que sea, desde ella irradiará una lección perenne como la que se desprende de todos esos símbolos con que la posteridad ensalza a sus bienhechores, demostrando que no sólo la vida de la materia llena el curso de la historia.

Estudiando al General Paz, decía el exquisito espíritu de Juan B. Terán, que los sucesos y los personajes sólo entran en las galerías

iluminadas de la historia cuando alcanzan fecundidad social, y que por eso, habiendo valores individuales de excepción, sólo llegan a ser materia de la biografía o del retrato porque faltó trascendencia a su acción.

Este juicio, de inobjetable verdad, hace posible, empero, la mutilación de la historia, porque estando las acciones guerreras y los hechos políticos en plano visible, córrase el riesgo de olvidar a los promotores de la cultura, porque la semilla de ésta tiene, a veces, "como la de las estrellas, una germinación obscura"; pero, como ellas, es luz de senderos.

Los pueblos sólo realizan justicia integral cuando volviendo sus ojos al pasado entresacan de los pliegues de la historia a los héroes militares y políticos que los libertaron y a esos silenciosos héroes civiles que devastaron la barbarie. En unos y otros parece que hubiese, a veces, una suerte de destino providencial. Como, a Saulo de Tarso, un rayo los ilumina en el camino de Damasco, y se sienten poseídos de una fuerza capaz de abatir todos los contrastes. ¿Cómo es posible explicar de otro modo la obra de Trejo y la de Duarte fundando institutos de cultura, uno hace trescientos veintiséis años, y otro setenta y tres años después en una aldea miserable? Actos semejantes parece que diseñasen los contornos de un delirio, pero ocultan, en realidad, adivinaciones profundas.

Providencialista o no en los sucesos de la historia, hay que admitir que el desenvolvimiento de la humanidad está lleno de esos actores que se sienten iluminados por visiones y fuerzas que parecen sobrenaturales.

Discurriendo en torno de esa teoría, decía Germán Arciniegas, en un ensayo magnífico y profundo, ¿qué otra cosa es en Bolívar sino un reconocimiento de su predestinación aquella exclamación del Chimborazo: "un delirio febril embargaba mi mente; me sentí como encendido por un fuego extraño y superior: es el dios de Colombia que me poseía"; o la exclamación de San Martín: "Debo seguir al destino que me llama"; o la de Colón cuando afirmaba que para la empresa del descubrimiento del nuevo mundo "no le aprovechó razón, ni matemáticas: llanamente se cumplió la que dijo Isaías"? Y el más grande orador sagrado de Colombia, el Obispo

Castro Silva, según el escritor citado, desarrollaba el mismo pensamiento, en esta forma: "Diríase que el Omnipotente prefiere a su propia intervención abrumadora la intervención de una criatura suya que la reemplace: cuando la ha menester, la predestina, y quizá a través de muchas generaciones, la prepara, ordena en torno suyo acontecimientos y circunstancias de todo linaje; como el sol a la tierra con sus rayos, así la inviste él con dones espléndidos, esfuerza luego y aquilata todas las preeminencias racionales que hacen del hombre una imagen de la divinidad, ordena en fin que aparezca en el mundo y, como para no menoscabar la excelstitud a que la destina, la obliga a ser descubridora de sí misma". Y para que la obra de esos sembradores adquiera mayor valor moral, como en el apólogo del plantador de nogales, plantan árboles cuyos frutos no alcanzarán a consumir, Trejo y Sanabria, entrega su alma a Dios el mismo año de su fundación; y aunque Duarte y Quirós sobrevive más a la suya, no alcanza a adivinar todo el riego fecundador que corre por el cauce de los siglos en una continuidad gloriosa.

Pero de esos monumentos y de esas vidas ejemplares arrancan lecciones eternas que no deberá llevarselas el viento, y que cobran hasta sentido sagrado cuando la humanidad sufre angustias, acaso porque se desvió del camino de la historia.

Educar a la juventud "en virtud y letras", según la voluntad del sacerdote insigne, es suscitarle una conciencia más viva de sus deberes y fortalecer y embellecer su espíritu en el manancial de las humanidades, sustrayéndola de la molicie y sensualismo de la vida y del frágil acervo de los simples conocimientos para que adquiera una consistencia que la conduzca a menos oscuros y más altos destinos.

Cuando Europa sufre hoy una crisis tan profunda; cuando se conmueven principios e instituciones que una cultura milenaria fué formando y refinando con tanto dolor, no cumplimos con nuestro deber llenándonos de melancolía frente al drama inmenso y derramando juicios severos sobre los que creemos sus culpables, sino llamando a nuevo examen a nuestra conciencia y revisando las bases de nuestra formación para ver si el análisis no nos revela la exis-

tencia de desviaciones y fermentos preparatorios, a veces de reacciones violentas próximas o lejanas

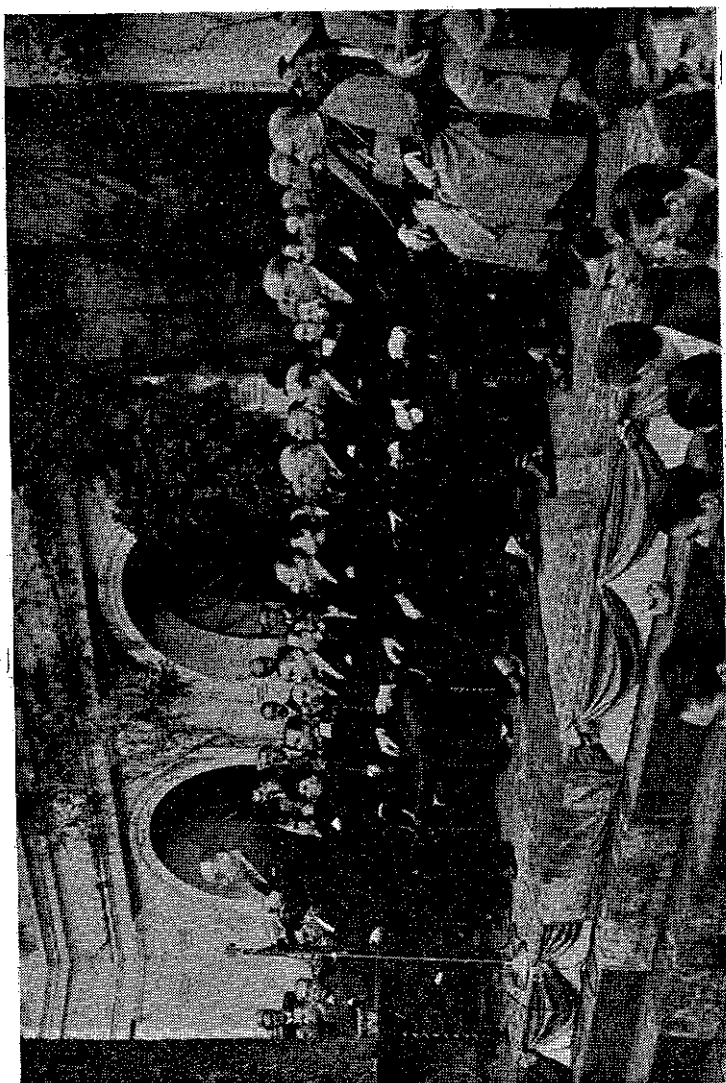
Es posible que ese examen nos diga que hemos educado las generaciones contemporáneas en una escuela que podría llamarla del deleite de los derechos y del sentido deportivo y festival de la vida. Creyendo que aquellos son deidades, les hemos rendido un culto excesivo que nos ha sorprendido en el olvido de los deberes; y cómo la observancia de éstos es más pesada y hace menos amable la vida, los dos ingredientes han actuado en la formación del hombre sin una proporción de armonía.

Acaso nuestro error arranque desde ese período preescolar en que se enseña a los niños, al través de la música y la danza, que la existencia tiene un sentido de fiesta olvidando que toda formación es, desde su origen, un esfuerzo penoso, un dolor que anuncia a la vez un alumbramiento.

Las generaciones de Mayo y de la organización nacional se educaron en una escuela de más austeridad; y por eso fueron capaces de milagros. Por amor a la libertad y la independencia, y para disfrutar de los derechos que ellas conceden, hicieron de los deberes su suprema faena, y la cumplieron en la pobreza y la privación, en medio de la sangre y del dolor, desde las convenciones y los congresos, en la plaza pública y en los campos de batalla, en la prensa y en la tribuna, a veces desde la lejanía y la amargura del ostracismo y el destierro.

Hemos hecho de la democracia una mística, de modo que no la analizamos como un sistema de gobierno auxiliados por el saber y la experiencia. Apenas si percibimos en ello con un sentido primitivista los dos postulados del derecho a la libertad y del derecho a la igualdad. Siempre derechos; por lo menos primando ellos sobre los deberes, o dándoles una existencia autónoma e independiente, como si no fuesen conceptos correlativos que en cierto modo se integran.

El derecho a criticar exige el deber de ilustrar primero el juicio; el derecho a gobernar supone haberse formado primero entre pares. La libertad es simplemente un instrumento para la perfección individual y el bien social; tomada como fin es una pasión sen-



El Rector del Colegio, Ing. Rafael Bonet, pronunciando su discurso



sual y morbosa, grávida de peligros. El culto a una igualdad sin discriminaciones es la muerte de la jerarquía y, con ella, a de todo noble estímulo de superación. Es necesario hacer entender en los países democráticos que las instituciones y los derechos no son fines sino medios de alcanzar destinos.

Esa perversión de conceptos ha llevado a imputaciones equivocadas; Renan afirmaba que "una alta preocupación por los intereses ideales de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia" y Bourguet, ambos recordados por Rodó, que "las instituciones democráticas hacen ganar a la humanidad en extensión lo que la hace perder en profundidad". Y, precisamente, lo que la democracia tiene de más fecundo y bello es que esa tierra de libertad que abona hace posible la revelación de la aptitud y del genio hasta en los seres más humildes; al paso que la dictadura cierra toda posibilidad porque suprime con su voluntad soberana y omnimoda todas las voluntades individuales, así como la oligarquía, enfermedad de la democracia, al imponer la superioridad de un grupo, condena a los demás a la impotencia.

Hay que formar a la juventud en la escuela del deber, del trabajo y de la disciplina. En ese taller el espíritu adquiere fortaleza y limpidez; puede acometer las empresas más arduas y desafiar los más crueles destinos. En el ocio, en la disipación y la orgía no es la materia la que se enferma y muere: es el alma que sale hecha jirones.

Pero esa escuela de formación no es posible sin una sustancia religiosa. Ella es la que hace imperioso el deber y prepara a la juventud para el heroísmo y la virtud.

La flaca naturaleza no se redime por la influencia de las normas humanas. Si no se vincula la vida a un destino sobrenatural, se enseñorean las pasiones y los apetitos y de su encuentro nacen el desorden y la anarquía.

Pero esa sustancia religiosa de la vida, por intensamente que se la cultive, no debe transformarse en un sectarismo. Nada hay más respetable y bello que una religiosidad sincera y profunda; pocas cosas hay más peligrosas y detestables que la pasión sectaria.

Sin duda el perfeccionamiento espiritual que se alcanza con una

formación hondamente religiosa no se satisface con su clausura: quiere la objetividad del culto y pide espacio para la propagación; pero tan pronto como esgrime armas de violencia se afea y pierde dignidad.

En una página penetrante y encantadora, decía Octavio Amadeo, hablando de Nicolás Avellaneda, que fuera alumno, precisamente, de esta Casa, y en cuya época de adolescente ya despuntaba su elocuencia precoz, saturada del perfume de sus naranjeros y del acento doloroso que le dejara el recuerdo de su padre inmolido, que su catolicismo no le impidió llamar a su intimidad a Wilde que casi olía a azufre satánico: "No era sectario, agregaba, carecía de ese rencor, de ese odio vago que duerme en el fondo de las almas y que es la trama lúgubre de la historia".

Señor Rector del Colegio Nacional de Monserrat, señor Vicerrector, señores profesores, jóvenes estudiantes:

Con la presencia del Excelentísimo señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, hijo de esta Casa y eminente servidor de la Nación con su saber maduro, con su equilibrio profundo y con sus relevantes condiciones de hombre de estado: de las altas autoridades de la provincia, civiles, eclesiásticas y militares, embajadores de países amigos, de representantes de universidades de la Nación y de la sociedad de Córdoba que han adherido con tanta simpatía a este homenaje, entrego a vuestra amorosa custodia, en nombre de la Universidad, la estatua del fundador de esta Casa. No veáis en ella un simple símbolo de justicia histórica; recoged, maestros, el severo encargo del insigne sacerdote de educar a la juventud "en virtud y letras".

Yo seguiré con interés vuestra obra desde mi retiro. En este Colegio he dejado no poco de mi espíritu: fui su profesor cerca de un cuarto de siglo; compartí con colegas eminentes la tarea de proyectar su plan de estudios; merced a mi gestión, como miembro del Consejo Superior universitario, se obtuvo su sanción: he propendido a la comprensión de su sentido como Rector de la Universidad durante ocho años y asisto con emoción a su florecimiento y a su óptima cosecha. Afirmo, no en nombre de la jactancia y de la ilusión, sino de una convicción profunda, que sus bachilleres alcanzan una



formación que puede contrastarse sin desmedro con las mejores de la República. Su plan de estudios humanista está haciendo revelación de vocaciones: para estimularlas instituí becas de perfeccionamiento y los dos primeros becarios han resultado alumnos de excepción en el centro universitario donde se forman. Y como coronamiento de mi afecto a esta Casa, que es casa universitaria, promoví hace tres años la erección de la estatua de su fundador, y hoy la entrego a vuestra generación.

Que Dios guíe vuestros pasos para que hagáis al Colegio digno de un destino glorioso e inmortal”.

\* \* \*

Acallada la ovación que recibieron las últimas palabras del doctor Novillo Corvalán, el macero intimó: “¡La guardia al palco!” Y mientras se restablecía el cortejo de los bachilleres para acompañar a las autoridades a la Universidad, la Orquesta Sinfónica ejecutó brillantemente la sinfonía Finlandia, del compositor Sibelius.

Llegado al umbral del salón de Consejo Superior, Su Excelencia agradeció al maestro de ceremonias y en particular al macero, bachiller Héctor Renella, expresando su honda satisfacción por la fiesta que se acababa de realizar.

#### *La cena de despedida a los bachilleres*

A las 21, en el salón de actos del Colegio, se sirvió la cena que el cuerpo de profesores ofrece anualmente despidiendo a los nuevos bachilleres que egresan del instituto, para incorporarse a la Universidad.

Se verificó en el espacioso salón de actos, arreglado de manera adecuada, con el gran escudo del Monserrat en el fondo y con gallardetes del colegio y argentinos, actuando una orquesta de treinta y seis profesores.

La mesa de honor fué presidida por el Ministro, doctor Rothe y contó con la asistencia de las autoridades provinciales y universitarias, profesores jubilados y algunos invitados especiales.

Al hacer su ingreso al salón los invitados de honor, los bachi-

lles cantaron una salutación sobre música del Ballet "Excelsior" del maestro Manzotti, que dice así:

Bienvenido, señor Ministro  
 Bienvenido, señor Rector;  
 Bienvenidos, señores todos  
 Invitados de honor  
 Al banquete del adiós.

La comida, animadísima y cordial, fué amenizada por canciones clásicas y alusivas. En primer término se cantó el clásico himno goliárdico, tan familiar en los ambientes universitarios del mundo, en parte adaptado al ambiente, que dice así:

Gaudeamus igitur  
 Juvenes dum sumus  
 Post jucundam juventutem  
 Post molestam senectutem  
 Nos habebit humus.

Obmittamus studia  
 Bonum est dissipere  
 Et carpamus dulcía  
 Juventutis tenerae;  
 Velox aetas praeterit  
 Lascivire suggerit  
 Tenera juventa.

Vivat et Respublica  
 Et qui illam regit;  
 Vivat et Collegium  
 Et qui illud regit;  
 Vivat nostra civitas  
 Mater Universitas  
 Quae nos protexerunt.

En segundo término se cantó "Alleluya", inspirado en la mú-

sica de Haendel, con palabras también inspiradas en la conocida antifona:

Haec est dies  
Memoranda  
Jueundissima  
Et gratissima nobis

Exultemus  
Fit laetemur in ea  
Alleluya!

Con letra de Gómez Carrillo, se cantó luego una "vidala" que dice así:

Viditay, viditay,  
De lejas tierras venido.  
Sólo por ver una prenda,  
Quien sabe, ¡ay de mí!,  
Si se acordará:  
Si ella no me olvida  
No la he de olvidar  
Viditay, Viditay.

Y por último se cantó la serenata de despedida, letra del profesor doctor José Caratti y música del maestro Serrano. Hela aquí:

#### CORO

Adiós para siempre,  
¡Oh claustros vetustos!  
Oh patios, oh fuente,  
Oh pinos robustos,  
Oh torre, oh campana  
De tanto extrañar  
Os vais a llorar  
Oyendo los sones  
D'estas canciones.

S O L O

Alumno del Monserrat  
 Me quiso la suerte,  
 Sus aires nutricios  
 Me hicieron ya fuerte;  
 Y ahora me alejo  
 Con íntima pena  
 Con una añoranza  
 Muy dulce y serena.

C O R O

Adiós para siempre,  
 ¡Oh claustros vetustos!  
 Oh patios, ho fuente,  
 Oh pinos robustos.  
 Adiós, directores,  
 Adiós, profesores,  
 Adiós, celadores.  
 Adiós, compañeros  
 Y Haro también.

*Discurso del Vicerrector del Colegio Nacional de Monserrat,  
 doctor Valeriano G. Torres*

A los postres, ofreció la cena el Vicerrector del Colegio, doctor Valeriano G. Torres, con estas palabras:

Esta ceremonia cálida y solemne, profundamente emotiva, que por feliz idea rectoral, cumple año a año el histórico Colegio, coronando su curso lectivo, cobra esta noche relieves extraordinarios: se sientan a nuestra mesa las más altas autoridades del Poder Público, de la Justicia y universitarias y es también nuestro huésped de honor el Exmo Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, doctor Guillermo Rothe, quien a su alta investidura agrega una personalidad destacada, de contornos nacionales, alto magistrado de la Justicia de la Provincia, ilustrado profesor universitario de Córdoba, legislador en ambas Cámaras nacionales y,



El Rector de la Universidad, Dr. Sofanor Novillo Corvalán, pronunciando su discurso



por feliz coincidencia, que tan íntima emoción llevará a su espíritu, hijo de este Colegio ilustre y de esta Córdoba señorial.

Vivamente os agradecemos, Excmos. señores, todos, vuestra presencia en nuestra mesa, que nos enaltece, y constituye un estímulo para esta juventud que es una esperanza.

Seis años hemos ido sembrando en vuestras mentes, jóvenes bachilleres, los gérmenes de la visión del mundo, con cuidado amoroso, procurándoos la conquista de esa cultura humanística, tan magistralmente definida por un señor del pensamiento, el ilustre Rector de la Universidad de Córdoba, doctor Sofanor Novillo Corvalán, ex-profesor de esta Casa, al decir: "Cuando abogo por un humanis-  
"mo auténtico afirmo la necesidad de una plenitud de cultura hu-  
"mana: un hombre para el mundo y para su destino extraterreno.  
"Mi bosquejo de esta cultura concibe un ser que enriquezca la men-  
"te y haga delicada su sensibilidad; que tenga su convicción reli-  
"giosa en el espíritu y la conducta, y su tolerancia en el trato, que  
"no imponga sus ideales políticos por la fuerza, sino por la persua-  
"sión; que reaccione contra el desorden, pero que no lo suscite, ni  
"con la violencia de sus ideas, ni con la de su obra; que no cultive  
"ningún orgullo, ni el de sus luces, sino una prudente desconfianza;  
"que no tome el derecho como privilegio de unos, y la obediencia  
"como necesidad de los demás; que la libertad que limita a sus se-  
"mejantes, sufra personal limitación; que sea severo consigo, y mag-  
"nánimo con los otros. Sólo así se hace la armonía individual; sólo  
"así se funda la armonía social".

Ya se han desarrollado en vosotros, jóvenes estudiantes, aquellos gérmenes y quizá podamos decir con cierto orgullo que están en pleno florecimiento. Conducid su fructificación fijando un ideal a vuestra vida, sin olvidar que el saber es una cosa, y la virtud otra cosa distinta; que la filosofía y las ciencias, por altas y profundas que sean, no engendran de sí el dominio de las pasiones ni la austeridad del trabajo, ni mucho menos la tenaz perseverancia de los héroes. Recordad la reconvención que el Dante pone en labios del Angel, dirigiéndose a los Poetas: "Tened bien entendido que vuelve atrás quien vuelve la mirada".

Bachilleres: tenéis la misma cuna que prohombres de la Colo-

nia, que próceres de la nacionalidad, que estadistas famosos, que pensadores ilustres, que tribunos notables. Por estos mismos claustros han desfilado Pedro de Alcántara, José Agustín Molina, Juan José Passo, Juan José Castelli, Juan Antonio Moldes, Juan Ignacio de Gorriti, Dalmacio Vélez Sársfield, Marcos Sastre, Nicolás Avellaneda, Leopoldo Lugones, y muchos grandes más. Esto os confiere una jerarquía eminente, e importa una responsabilidad pertenecer a una estirpe que habréis de mantener con el esfuerzo de vuestra labor, con la llama del patriotismo y con el ejercicio de las más altas virtudes.

En esta hora de vuestra despedida no puede faltar la voz del sentimiento, ya ha hablado en cada uno de vuestros días del Colegio, la habéis percibido en cada uno de vuestros profesores, ha fluído tenue produciendo el portento de la penetración del saber, la ha sorprendido la afectividad sedienta de la adolescencia en cada actitud, en cada gesto y hasta en cada reconvencción. Ha producido, en definitiva, el milagro de la enseñanza que es un milagro de inteligencia y de amor, conjunción maravillosa de lo más divino que hay en el hombre: su cerebro y su corazón. Y aquí en la génesis de este Colegio no hay un chispazo genial, pero frío, sino el celo ardoroso de una gran alma sacerdotal, la del insigne Duarte, que volcó todo el oro de sus afectos y de sus arcas en este solar de Monserrat: "Movido de sólo mi impulso de la caridad fundé este Casa..."

La voz de nuestra alma la dice este acto, este rito íntimo, profundamente cordial de sentarnos a la misma mesa

Vuestra legítima alegría nos invade, pero se nos mezcla inseparablemente con un dejo de tristeza: porque esta cena, que sella vuestra unión con el Colegio, marca también dolorosamente la hora de la partida.

Impregnad vuestro espíritu del espíritu de esta Casa, que os hará fuertes, tened fe en Dios, fuente suprema e inagotable de toda belleza, verdad y justicia y recoged el resumen de nuestra enseñanza sintetizado hace ya más de dos siglos por el ilustre fundador: "Virtud y Letras".

Ellas os harán grandes; y darán a vuestras vidas, no los triun-



fos efímeros del utilitarismo sino el relieve solemne de lo que dura, de lo que es más consistente que el bronce, de todo lo que es verdaderamente noble y bello.

Y ahora acudid presurosos y amantes a comunicar vuestro íntimo gozo, en la ternura de un beso, a vuestra madre, ese monumento de Dios en la tierra que tiene más fortaleza que los muros de estos claustros, más profundidad que la penumbra de estas bóvedas en la hora crepuscular, más anhelos que estos pinos que tienen sed de infinito, inagotable océano de todas las ternuras, fuente de la vida, dulce amparó del dolor

Y después, os repito con el florentino inmortal: "Sed mensajeros de la Eterna Esencia".

*Discurso del bachiller Félix Linares Bretón*

Contestó el hermoso discurso del Vicerrector, que fué muy felicitado, el bachiller Félix Linares Bretón, en su calidad de alumno sobresaliente del año en curso y que obtuvo medalla de oro del Colegio. El bachiller Linares, dijo:

"Una desconocida agitación embarga todo nuestro ser, promovida por un estado afectivo que nos conmueve en lo hondo de nuestro espíritu y nos causa raro estremecimiento, contagiados en las palpitaciones de este ambiente, plétórico de anhelos logrados.

No es sólo la íntima satisfacción que trae aparejada la conciencia del deber cumplido, sino paralelamente un dejo extraño, casi doloroso, las sensaciones que se confunden en estos momentos en que damos por finalizados nuestros estudios secundarios.

El tañido familiar de la campana cotidiana perdura en el oído, dando la hora de la última clase, en esta feliz circunstancia en que entregamos nuestro adiós a este colegio secular, para el cual estará siempre abierto nuestro corazón, ya que en él hemos pasado las más afortunadas horas de nuestra juventud y hemos recibido una enseñanza que nos permite afirmar sin jactancia que nuestro caudal intelectual ha sido aportado por expertos y consagrados maestros.

Coincide nuestra despedida de este noble Colegio de Monserrat con el magnífico homenaje que éste acaba de tributar a la memoria

de su ilustre fundador, el presbítero doctor don Ignacio Duarte de Quirós, en cuyo acto se ha descubierto esta tarde su estatua, ante la cual habrán de desfilar respetuosos los que acudan en el futuro a esta Casa en busca de la "luz del Monserrat". Para nosotros ha sido una íntima satisfacción el poder participar todavía como alumnos en este acto trascendental.

Hemos llegado a otra cima de nuestros esfuerzos. Desde ella se muestran a nuestra inquieta mirada desconocidos horizontes, que ofrecen múltiples perspectivas y en las que la imaginación se detiene hasta saciarse. Desde ella, que marca el término de un empuje y el comienzo de otro más arduo, podemos ya dominar el vasto escenario de la vida, en el que inevitablemente nos tocará actuar, ante la incertidumbre de lo inescrutable, y aún volver la mirada hacia el pasado, contemplando el camino recorrido, con los obstáculos ya vencidos.

Escapando de todos los ángulos de ese panorama que ha de absorbernos muchas horas de intensa preocupación, no podemos prescindir de que lo real y positivo en estos momentos es que abandonamos este hogar del espíritu, en cuyos claustros plenos de sugerencias dejamos el recuerdo de tanta travesura inocente, y en el cual nuestra inteligencia, por medio de sabias directivas, ha sido cultivada y preparada para que sepa dominar los impulsos y rechazar los intereses egoístas, evitando con ello las luchas de pasiones en que se debate y pierde la sociedad.

El Viejo Mundo, que sufre las consecuencias de haber olvidado los dictados de la civilización, al entregarse en brazos de la fuerza desenfrenada, que arrasa y termina con todo, constituye por eso en esta hora un medio excluyente a las exteriorizaciones de la ciencia y el arte, que han de buscar de retoñar en otro medio propicio a su desenvolvimiento y a la magnificencia de sus frutos. América es, sin duda, este lugar privilegiado en situación de ofrecerles digna acogida, y nosotros necesariamente integramos la falange encargada de no defraudarlos en su confianza, y para que así sea debemos recurrir a todo el optimismo y el calor de nuestra juventud.

Este ágape magnífico, prestigiado con la asistencia de destacadas personalidades y en el que me toca confundir los efluvios de mi

alma con los de mis compañeros todos, señala el cumplimiento de una ley inexorable: la de la separación. Ella es el desenlace a que necesariamente estamos destinados en nuestra evolución y por la que nos alejamos de esta Casa de amadas impresiones, que más de una vez aceleraron el ritmo de nuestros corazones.

El estudio constante y tesonero que nos ha llevado de la mano a la consecución del grado de bachiller, nos deja percibir fácilmente y, cuando más profundo, en forma más clara, nuestras imperfecciones o nuestra insuficiencia. Sin embargo, es el único medio conducente a lograr la plena satisfacción del espíritu, que se siente gradualmente elevado, por los nuevos conocimientos que se van adquiriendo, aunque sin poder llegar a la saciedad.

Sólo hemos cumplido una ínfima parte de nuestro cometido. Mucho es lo que aún nos falta por andar, muchos los inconvenientes difíciles y peligrosos que tendremos que afrontar en estos momentos de contornos tan amplios, como críticos e inciertos, en que nos toca vivir. No habremos de desmayar a la vera de la trayectoria que elijamos y, libre nuestra conciencia de toda maldad, con el gesto y actitud serena de quien obra reconfortado por la confianza en Dios, esperamos el triunfo, con la convicción de que siempre llega, como coronación de todo esfuerzo sostenido y tesonero.

Señor Rector: señores profesores:

Al alejarnos de este Templo del Saber, damos también nuestro adiós a vosotros, sus dignos sacerdotes. Supisteis transmitirnos los conocimientos que ahora constituyen el bagaje espiritual con el que nos preparamos para continuar nuestro camino y sin el cual poco o nada valdríamos. No nos resta sino manifestar nuestro sincero reconocimiento por el saber que nos habéis infundido durante la tutela y dirección magistral que habéis ejercido tan desinteresadamente sobre nuestra inteligencia.

Compañeros:

Al ofreceros el abrazo cordial de despedida, formulo mis mejores votos por que nuestra solidaridad, puesta de manifiesto en las emulaciones cotidianas, no se quebrante nunca, sino que cada vez se afiance más, y porque nuestro espíritu no se doblegue ante las

dificultades que surgen imprevistas, y que a veces agobian, guardando con fidelidad por encima de todo, nuestro juramento:

“Por la Patria y en la Patria  
Con el libro hacia el honor”

\* \* \*

Después que hubo felicitado al orador el señor Ministro y con él el señor Rector de la Universidad y demás autoridades, se dió por terminada la brillantísima fiesta, cuyos ecos perdurarán en nuestros corazones.

### *Comentarios*

Entre los juicios que mereció el homenaje rendido por el Colegio a su ilustre fundador, transcribimos estas notas del diario “Los Principios”, de esta ciudad:

#### *Los actos realizados ayer en el Colegio Monserrat*

“No hacen falta adjetivos ni ditirambos vistosos para decir que la fiesta de ayer, desarrollada en el clásico patio del viejo Colegio Nacional de Monserrat, fué hermosa. El ambiente evocador, la tarde declinante y dorada, la severidad de las fórmulas y la palpitante juventud, mientras en las copas elevadas de los pinos ancianos, un enjambre de avejillas cantoras asociándose todo a la fiesta de la casa ilustre.

El espectáculo fué, por todo, emocionador y vibrante en una múltiple aleación de bellas cosas logradas para rodear la figura de bronce del fundador ilustre, que parece emerger su silueta fina y suave, de una de las arcadas del viejo claustro del colegio que él fundara, cuando Córdoba era una aldea miserable en que parecía una locura la empresa, tal como lo dijo uno de los oradores de ayer, el rector de la Universidad, doctor Novillo Corvalán.

El aspecto que ofrecía el amplio patio, rebosante de concurrencia, coronadas las partes superiores del edificio de numerosas damas, con la tribuna preparada al efecto, donde ubicáronse los alumnos de

la casa, en un alarde de juventud y de compostura maravilloso, fue el cuadro mejor del acto, que habrá dejado en la concurrencia un bello y perdurable recuerdo.

La Orquesta Sinfónica de la Provincia, los coros juveniles formados por los estudiantes, sus himnos y canciones, fueron, con los elocuentes discursos pronunciados, el programa que contribuyó a la jerarquía del acto, digno del viejo instituto de educación, donde se forma espiritual e intelectualmente una brillante porción de las generaciones cordobesas y de cuyos claustros han salido tantos servidores ilustres de la patria. El recuerdo de éstos parecía flotar con la diafanidad de los recuerdos evocados y rubricar el lustre prestigioso del Colegio Nacional de Monserrat, que ha incorporado a las celebraciones más bellas de Córdoba una fecha que ha de ser aguardada año a año con agradable expectativa

Fué fiesta de fervor, de juventud, de belleza, difícilmente superable”.

*Emocionantes y bellos resultaron los Coros del Monserrat*

“Los cantos ejecutados ayer por los alumnos del Colegio de Nuestra Señora de Monserrat, resultaron de una emoción y belleza pocas veces advertida en actos similares.

Eran voces firmes, y redondas, que se elevaban en medio del patio sombreado por los altos pines. Eran voces de coros clásicos, similares a los que antaño oíanse en las viejas universidades europeas, ya para honrar la memoria de los próceres de la nación, ya en las brillantes ceremonias que solían efectuarse al final de los cursos.

Aumentaba la sugestión del momento, que será inolvidable en los anales del Colegio, el canto de los pájaros en las enredaderas florecidas y en las copas de los árboles y el rumor de la fuente, que prolongaba su diálogo en los silencios de la orquesta.

Duarte y Quirós, el sacerdote humilde, ha recibido un homenaje digno y expresivo. La veneración de los alumnos por su fundador ha de mantenerse no sólo por las evocaciones de los maestros, sino también por la presencia en bronce de su figura esmirriada, símbolo de sacrificios, de caridad y de celo”.

## NUEVO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

**Ingeniero don Rodolfo Martínez .— 22 de Noviembre de 1940 - 1944**

El 7 de Noviembre del año en curso y de conformidad a la citación efectuada por el H. Consejo Superior, se reunió la Asamblea Universitaria constituida por los señores consejeros de las distintas facultades a fin de proceder a elegir nuevo rector en reemplazo del Dr. S. Novillo Corvalán, por un período reglamentario de cuatro años.

Constituída la asamblea fué electo Rector de la Universidad por el período 1940 - 1944 el profesor de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Ingeniero don Rodolfo Martínez quien obtuvo un total de 28 votos.

El 22 de Noviembre fué puesto en posesión de su cargo por el Dr. S. Novillo Corvalán, pronunciándose en el acto, que fué una sencilla ceremonia, los discursos que se transcriben en esta Revista, en los que expusieron respectivamente el programa cumplido y el plan a desarrollarse.

## EGRESADOS DE 1940 EN ACTO PRIVADO

Durante el mes de Diciembre del año en curso se ha hecho entrega de sus diplomas a los siguientes ex-alumnos de esta Casa:

*Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*

Abogados: Clodomiro Ernesto Oliva, Alberto Novillo Saravia, Jorge Manuel Granillo, Tristán Donaciano Torres Almada, Félix Isidro Gigena, José Guillermo Rivas, Aurelio Orchausky, Fausto Raúl Videla, Ciro Alberto Farfán, Juan Manuel Ascúa, Juan Carlos Rodríguez, Ramón Adrián Araujo, Julio José Cuervo, Sofía Kuperman, Juan Eugenio Zanetti, Juan Manuel Ruiz, Osvaldo Aníbal Gómez Acuña, José Guillermo Martínez Díaz, Jo-

sé Antonio Allende, Eduardo Emiliano Rodríguez, Salomón Jorge, Isidoro Fiordelisi, Carlos Mario Gregorio Portela.

Notarios: Luis F. Bettolli Nores, Sara Casilda de la Maza, Bruno Carlos Quintana, Eduardo Laureano Antonio Ortiz, Napoleón Federico Arnedo, Alberto Luis Vargas, Félix Segundo Eche-  
nique, José Camacho, Conrado Italo Argentino Yanneli, Eudal-  
do de la Puente, Angel Manuel Sosa Liprandi, Alberto Coronel,  
Santiago Suppo, Carlos Julio Voget.

### *Facultad de Ciencias Médicas*

Médicos cirujanos: Domingo Segundo Francisco Sicoli, Ale-  
jandro Rolutti, José Rico, Orlando Pascual Petroni, Bartolomé  
Melitón Ferreira, Bautista Rosso, Eduardo Alejo Córdoba, Ma-  
rio Sauchelli, Julio Augusto Cintioni, Arsenio Alberto Soria,  
Víctor Hugo Bianchini, Euclides Pascual Lorusso, José Horacio  
Paolasso y Francisco Carlos Deffis.

Odontólogos: Tetsuzo Kokubu (Reválida), Nicolás Segundo  
Nini, Mario Magri, Aída Sauchelli, Pilar Elena Alvarez, Luis Fra-  
vega, Hortensia E. C. Miranda, Agustina S. de la Mora y Carmen  
Fausto Oro.

Bioquímicos: Alejandro Martín, José Domingo Albano.

Farmacéuticos: Luisa Lidia Tavella, Ruth Nilda Tartaglia,  
Norberto Berkoff, Antonio Miguel Pintado, Mario Steinchraber,  
Julio Rodríguez Ravellini, Iríde Rosa Verzini, Víctor Angel Fer-  
nández, Italo Mario Abbona, Abraham Kenis, Alberto Eugenio  
Sanseau.

Parteras: María Mercedes Contreras, Elvira Isabel Scarano  
de Prieto, Elvira Franco, Emilia Rodríguez de Roviello, Basi  
Blejer de Krejner, Juana Beker de Avrussy, Irene Amelia Si-  
meoni, Francisca M. Chiardola de Garberi.

### *Facultad de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales*

Ingenieros civiles: Elías Jachevatsky, Marcos Chattás, Eu-  
genio Lionelli Dalton, Claudio Vicente Blanco.

Arquitectos: Vito Remo Roggio.

Ingeniero Mecánico Electricista: Olvaldo Pablo Sironi.

*Escuela de Ciencias Económicas*

Doctor en Ciencias Económicas: Jorge Resk.

Contadores Públicos: Ernesto Miguel Martín, Indalecio Cañón, Andrés Caruso y Alberto Buonacucina.

*Instituto de Idiomas*

Profesora de inglés: Teodosia Guillermina Krieger.

Profesoras de francés: Mónica Haydée Mendoza, Nidia Raquel Díez Rodríguez, Paulette Angelé Filippi.

---